

trabajar aquel día por capricho, por tener con qué beber.

Hacia mucho tiempo que no le había visto y le encontró en extremo cambiado.

—¿Conque Camilo—le dije—ha sacado un mal número?

—¿Y qué?—me contestó con voz agudosa y mirándome desdeñosamente.—¿También vas á darme un mal rato con eso, como Catalina y Camilo? Si yo no existiese, no partiría.... pero ahora, que vaya á servir á la patria como los demás.

En aquel momento dieron las once y los compañeros empezaron á bajar en busca de su almuerzo.

Felipe y yo nos quedamos atrás; pero al llegar á una escalera me volví á mirar con desprecio y me dije:

—¡Ya ves si sé andar todavía por las alturas! ¡Ya ves que Camilo está todavía muy lejos de ser hijo de viuda!...

Entonces se me agolpó la sangre al cerebro; cogí con mis dos manos los montantes de la escalera y, haciendo un supremo esfuerzo, precipité á aquel hombre en el vacío.

Oyó muerto, y todo el mundo supuso que había perecido víctima de un accidente desgraciado. ¡Pero Camilo es ya hijo de viuda, y no se alejará del lado de su madre!

Esto es todo cuanto tenía que confesar, señor cura, en descargo de mi conciencia. Estoy arrepentido y pido perdón á Dios. En cuanto á la penitencia.... tome usted, padre, la cruz de oro que traté de regalar á Catalina y que se negó á aceptar al decirme que estaba enamorada de Felipe. Véndala usted y consagre el dinero á los pobres.

—¿El padre Faber absolvió á Vicente?...

Lo indudable es que el sacerdote no ha vendido la cruz de oro; que ha echado su importe en el cepillo de la iglesia, y que ha colgado la alhaja, como un *ex voto*, en la capilla de la Virgen, á donde va con frecuencia á rezar por el alma del pobre albañil.

FRANCISCO COPPEE.

La aventura de un novio.

SINGULAR OCURRENCIA.

EN las memorias del baron de Besenval se encuentra la siguiente aventura, en que más de un escritor parece haberse inspirado para urdir una intriga de novela ó de pieza teatral.

M. de Saint-André, que falleció siendo teniente general, empleado en Strasburgo, se había embarcado en una de esas carrozas públicas para venir á Paris; en el viaje trabó amistad con un joven que hacia el mismo camino que él y cuyo nombre no ha llegado á mi conocimiento. Yo conocí á este M. de Saint-André: era un hombre grande, de hermosa presencia, de aspecto austero, que no reía nunca exteriormente, que formaba un gran contraste con las ideas alegres y las extravagancias de que estaba preocupado continuamente.

Compañero de viaje de un joven casi de su edad, con el que trabó amistad en el coche, se entretuvieron mutuamente hablando de sus familias y de lo que podía interesarles. M. de Saint-André supo de su nuevo amigo que estaba actualmente en viaje para desposarse, llegando á Paris, con una rica heredera, hija única de un amigo íntimo de su padre.

M. de Saint-André fué puesto perfectamente al corriente de la familia de su nuevo amigo, como de la de su pretendida. Como este joven no estaba ocupado más que de su objeto, hablaba incesantemente de él y no omitía ningún detalle que tuviese relacion con su tema, tanto en el pasado como en el presente y el futuro.

Esta género de conversacion ocupó á los dos amigos hasta su llegada á Paris. Una vez en esta ciudad, hicieron buscar un alojamiento en el hotel de Inglaterra, en la calle de Richelieu. Apenas instalados, atacó al amigo de M. de Saint-André un cólico de *miserere*, que

fué siempre en aumento á pesar de todos los socorros que se apresuraban á darle, concluyendo al fin con su vida en ménos de dos horas.

M. de Saint-André, compadecido de la suerte de este desgraciado joven; y ya que no había podido salvarlo, creyó que era necesario desempeñar los deberes que las circunstancias exigían de él. En consecuencia, sabiendo que el difunto era esperado esa misma mañana en casa de su futuro suegro, se provió de todos los papeles que encontró en sus bolsillos y de su cartera, y se dirigió á casa del suegro, á fin de entregarle cartas y documentos é instruirlo de la desgracia que había sucedido.

Hasta allí todo iba bien. Todo estaba en su verdadero orden, que sin duda se habría mantenido hasta el fin, sin una circunstancia que hizo perder á M. de Saint-André las buenas resoluciones que había tomado.

Quando llegó á la puerta de la casa del suegro de su amigo, los criados, impresos de la llegada del yerno y al ver un joven desconocido, no dudan de que sea el esperado, y corren á anunciarlo como tal al amo de la casa. Este acude á encontrar á M. de Saint-André, lo estrecha en sus brazos y sin darle tiempo para hablar, lo conduce á la pieza de su mujer, y se lo presenta como yerno, y á su hija, como su futuro marido.

M. de Saint-André no resistió á la idea de ser todo eso y de sacar partido para una aventura entretenida. Hizo perfectamente su personaje. Dió al suegro y á la suegra las cartas que el difunto estaba encargado de entregarles, y estando perfectamente al corriente de todo, contestó muy bien á todas las preguntas que se le hicieron.

Oansó especialmente muy favorable impresion en la joven señorita, que de reojo observaba con complacencia los detalles de la hermosa figura que la naturaleza le había dado. Se anunció que la mesa estaba servida. Se colocó á M. de Saint-André al lado de su pretendida, el padre y la madre, llenos de gozo se entregaron á esa alegría pura que da la perfecta felicidad. La joven se mantenía reservada, no hablaba, apenas contestaba y sus mejillas se coloreaban á menudo. M. de Saint-André se conducía de una manera fina y obsequiosa con ella, circunspecto con el padre y la madre, siempre serio en su compostura, amable y alegre en la conversacion.

Concluida la comida y servido el café, la conversacion se hizo más seria. Se habló de arreglos, y se entró en todos los detalles que se relacionan con el establecimiento de una nueva familia. En lo más animado de la conversacion M. de Saint-André se levantó y tomando su sombrero manifestó deseos de retirarse.

—¿Y qué vais á hacer ahora? le dijo el suegro.

—Tengo, contestó, un negocio que me obliga á dejáros.

—¿Cómo? ¿Qué negocios podeis tener en una ciudad á donde venis por primera vez y donde no conocéis á nadie?

—Todo eso es cierto; pero no es ménos cierto que es absolutamente preciso que me vaya.

—¡Ah! ya sé de lo que se trata: queréis ir á buscar plata donde algun banquero. Primeramente es bueno que sepais que no dejaré que os falte dinero y que tengo á vuestra disposicion todo el que podais necesitar. Por otra parte, si queréis absolutamente que sea el de vuestro banquero, puedo indicaros alguno que se encargará de todos esos asuntos y así no nos privareis del placer de que esteis con nosotros.

—No, no es absolutamente esto. Es algo en que mi presencia es del todo indispensable. Hablando así, M. de Saint-André marchaba siempre hacia la puerta. Se encontró en la antecámara donde el padre le había seguido.

—Ahora que estamos solos y que las señoras no pueden oírnos, continuó M. de Saint-André, os diré que esta mañana, muy poco despues de mi llegada, me sobrevino un accidente. He sido atacado de un cólico que me ha causado la muerte. He dado mi palabra de

que me enterrarían á las seis; comprendéis que no puedo faltar á esta cita; y que no siendo conocido en esta ciudad á donde vengo por primera vez, no llegar á hora oportuna sería exponerme á que me tratasen de persona que no es formal, lo cual podría hacerme mucho daño.

Se comprenderá fácilmente el asombro con que el suegro escuchaba á M. de Saint-André. Tal vez no encontró de mucho gusto, la figura retórica del entierro; pero la idea en general le pareció de tal modo extravagante, que entró á la pieza lanzando tales carcajadas que le costó mucho trabajo referir á su mujer y á su hija lo que le pareció la más divertida de las bromas.

En tanto que la familia seguía comentando la ocurrencia, dieron las seis y despues las siete; luego comenzaron á extrañar que el joven no volviera. Despues de las siete y media, el suegro, perdiendo la paciencia, envió al hotel de Inglaterra á saber qué se había hecho el novio. El sirviente encargado de la comision preguntó por el verdadero nombre del yerno; las personas del hotel contestaron "que había llegado á los nueve de la mañana, había muerto como á las once y que se le había enterrado á las seis de la tarde."

Sería difícil pintar la sorpresa que esta respuesta produjo al padre, mujer é hija.

La historia termina aquí y nada se ha averiguado sobre si esta familia hizo otras indagaciones y el resultado que dieron.

AL CAER LA TARDE.

Y otra vez en tu manto de escarlata envuelto, oh sol, desciendes al abismo, y la falange de la sombra ingrata, ya libre de tu imperio sobre la triste tierra se desata.

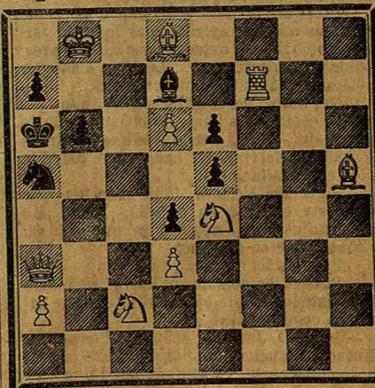
Y otra vez de mortal melancolía mi espíritu se llena contemplando en tu faz agonizante los estertores últimos del día, y con dolor profundo veo despues anhelante, que de tí ya no hay más que resplandores del incendio en que abrasas otro mundo.

Mas volverás. Mañana la criatura saludará con gozo tu aparicion en la celeste altura difundiendo la luz y el alborozo. Sólo á las sombras de mi amago duelo no has de llegar jamás. Alzo los ojos, y busco en vano en la extension del cielo; pues no hallo todavía una piadosa luz aunque lejana, anunciando una mañana que me prometa el sol de un nuevo día! DELIO MORENO CANTON Mérida, Julio de 1893.

PROBLEMA DE AJEDREZ

ANONIMO.

Negras.



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo 16 del pasado. 1. T d4—P. toma T.—2. A toma P.—3. Una variante.



Tomo III.

México, Domingo 13 de Agosto de 1893.

Núm. 109

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

IV

No sé á qué hora desperté, desconociendo el sitio en que me hallaba. Me volví del otro lado y seguí durmiendo hasta las nueve de la mañana. No quisieron, sin duda, despertarme, para que me desquitara de las desmañadas del Colegio.

—¿Que duerma hasta que quiera!—dirían las buenas señoras.—Harto habrá madrugado en diez años de encierro.

La luz que se filtraba por las junturas del techo y por las hendiduras de la ventana, alegre y regocijada, me hizo dejar el lecho. Fuera resonaba la escoba cantante de una barridora inteligente, cantaban pajarillos y cacareaban las gallinas. Un gallo ronco lanzaba, de tiempo en tiempo, su canto de ensorbercido sultán.

Presentía yo hermosa día, uno de aquellos inolvidables días que dan á las almas de los niños festivo buen humor; uno de esos días que convidan á sacudir el yugo escolar para irse por los campos á tenderse bajo los álamos del río, cable las ondas murmurantes, cerca de las piedras cubiertas de musgo, lejos del dominio cetrino é irascible, libre de las coplas del Iriarte, de las discusiones del Foro y de las catilinarias terribles; día de los más bellos para *salar*. Me olvidé de mi edad, me imaginé que tenía siete años, me persuadí de ello y me dije:

—Lo que es hoy, desayuno, y dejo al *postiposito* don Román con sus odas y sus élogos. Allá se las avenga. Ahora.... al cerro del Cristo, á las dehesas del Escobillar, á cor-

tar guayabas en las sabanillas que borlan las orillas del Pedregoso!

Y dicho y hecho, en pié. Pronto estuve listo. No procuré cambiar de traje, y me puse el muy empolvado de la vispera, que me oía á lo que huelen los caminos de la Mesa Central: á sequedad y tierra estéril. Quando salí al comedor.—¡qué comedor!—una pieza de seis varas cuadradas, mi tía Pepa, muy risueña y parlara, me esperaba sentada á la mesa.

—¡Por Dios, Rorró! ¿Quieres que me dé un ataque! Son las ocho y aquí me tienes sin probar bocado, en espera del caballero, mientras éste duerme como un marqués. Carmen no ha dormido en toda la noche, pensando en tí, muy contenta de haberte visto. ¿Tiene tu tía unas cosas! Dice que pronto liará el petate; que ya viniste y que, tal vez, eso nada más espera Dios para llevársela. Así sucede todos los días; siempre amargándonos la vida con tristezas, siempre haciéndonos llorar! Pero ¡vaya! á todo esto ni quien piense en el desayuno.... Señora Juana: aquí estamos ya! ¿El chocolate! Tú tomarás café con leche, ¿no es eso? Ustedes los muchachos no gustan ya del chocolate; dicen que es antigualla. Yo, hijo, como tu abuelo, chocolate y nada más; chocolate bueno, eso sí. Mira, Rorró: á eso sí no puedo acostumbrarme, al chocolate malo. ¿Comes algo? Dilo, muchacho, que para eso estás en tu casa! Señora Juana, á ver qué le hace ustel á Rodolfo.... Hay que chiquear al niño....

La buena de mi tía no me dejaba hablar. Suelta de lengua, viva, ingeniosa, era difícil cortarle el hilo una vez que principiaba á

hablar. No bien pidió el almuerzo, siguió diciendo:

—¿Ya sabes que está con nosotras una joven? ¿No la viste anoche?

—Creo que sí....

—¡Muy buena! ¡Muy buena! ¡Como un pan de gloria! Y te quiere mucho.... Parece que te conoció desde que eras así. ¿Te acuerdas qué travieso? ¿Te acuerdas de cuando rompiste el juego de café de tu tía Carmen? Me parece que te veo: te faiste á esconder en la bodega. De allí te sacamos para que vinieras á comer, y viniste pálido y lloroso. ¿Tú dirás! Por unos cacharros cualesquiera.... Eran de China, y muy bonitos; pero, qué importaba! Todavía se acuerda de ellos tu tía. ¿Por qué te sonrojás? ¡Vaya, hijo! ¿Todavía tienes miedo de que te castigue tu madrina?

Efectivamente, el recuerdo de aquella diablura me sacaba al rostro los colores. Se trataba de un precioso servicio de café, de la gítima procedencia china, que mi abuelo compró en un puerto del Pacífico á bordo de un navío inglés que volvía del Celeste Imperio. Era el encanto de la casa. Un día, jugando á la pelota, ¡chás! quedó hecho pedazo!

—Pues bien, como te iba yo diciendo:—prosiguió mi tía,—es muy buena muchacha; te quiere mucho. Las últimas camisas que te mandamos las hizo ella, y ¡con qué cuidado!

—Dígame usted, tía: ¿quién es esa joven?

—Ahora te diré!—é interrumpiéndome, gritó:—¡Angelina! ¡Angelina! ¡Ven acá!

Y continuó, dirigiéndose á mí:—Está con Carmen. Si tú vieras: es muy